

NORBERT ELIAS / ERIC DUNNING
**DEPORTE Y OCIO EN EL
PROCESO DE LA CIVILIZACION**



Primera edición en inglés, 1986
Primera edición en español, 1992

A Stephen, Barbara, Richard, Bebe,
Judy, Michael y Rachel

Título original:

Quest for excitement. Sport and Leisure in the Civilizing Process.

© 1986, Norbert Elias y Eric Dunning

Publicado por Basil Blackwell Publisher Ltd., Oxford Nueva York

ISBN: 0-63114654-7

D.R. © 1992 FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, S. A. DE C. V.

Av. de la Universidad, 975; 03100 México, D. F.

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, SUCURSAL PARA ESPAÑA

Vía de los Poblados (Edif. Indubuilding-Goico, 4.º-15). 28033 Madrid

ISBN: 84-375-0310-8

D. L.: M. 1.666-1992

Impreso en España

I. LA BÚSQUEDA DE LA EMOCIÓN EN EL OCIO

Norbert Elias y Eric Dunning

I

LA EMOCIÓN que la gente busca en sus ratos de ocio difiere en ciertos aspectos de otras clases de emoción¹. Ésta es, en todos los sentidos, agradable. Aun cuando comparte algunas características básicas con la excitación que se experimenta en situaciones gravemente críticas, tiene características distintivas que le son propias.

En contraste con lo que ocurre en las sociedades menos desarrolladas, las situaciones críticas graves que generan en las personas la tendencia a actuar emocionalmente se han hecho, por lo que se ve, menos frecuentes en las sociedades industrializadas más avanzadas. El hecho de que en éstas se haya restringido más la capacidad de los individuos para actuar de esa manera en público es sólo, simple y llanamente, otro aspecto del mismo desarrollo, en el curso del cual aumentan el control social y el autocontrol sobre las manifestaciones públicas de una emoción fuerte. Dentro de las sociedades industriales más avanzadas, aunque no en las relaciones entre ellas, muchas de las situaciones de crisis más elementales de la humanidad, tales como hambrunas, inundaciones, epidemias o la violencia ejercida por personas socialmente superiores o por extranjeros, están hoy más rígidamente controladas que nunca. Igualmente controladas están las pasiones de los individuos. Hoy, los incontrolados e incontrolables estallidos de fuerte tensión pública son menos frecuentes. Las personas que se dejan llevar abiertamente por una gran excitación, es probable que acaben en un hospital o en la cárcel. La organización tanto social como personal para el control de las emociones, para contener la excitación apasionada en público e incluso en la vida privada, se ha hecho más fuerte y más eficaz. El comparativo es importante. Incluso en las sociedades contemporáneas más altamente desarrolladas, los niveles de control de la emoción, como los de la restricción en sentido general, pueden parecer aún desiguales y bajos si los vemos por sí

¹ Es ésta la versión revisarla de una ponencia titulada «The Quest for Excitement in Unexciting Societies», que fue leída en el Congreso Anual (1967) de la British Sociológica! Association en Londres y publicada por vez primera en *Sport and Leisure*, núm. 2, 1969.

solos. Únicamente comparándolos con las normas sociales vigentes en una etapa anterior del desarrollo se hace evidente el cambio.

Los estudios comparativos sistemáticos no sólo muestran que ha aumentado el control público y personal de las acciones fuertemente emotivas sino también que, con la diferenciación cada vez mayor de las sociedades, las situaciones críticas públicas y privadas están más sutilmente diferenciadas ahora que en el pasado. Las crisis públicas se han despersonalizado más. En estas sociedades a gran escala, muchas situaciones de crisis general —de hecho, casi todas salvo las guerras y la transformación comparativamente rara de las tensiones y conflictos internos en violencia abierta por parte del grupo— no logran despertar ninguna emoción espontánea, aunque con una organización y una propaganda bien dirigidas podría obtenerse algo parecido. En las sociedades industriales avanzadas, las malas cosechas han dejado de ser la catástrofe que causaba desesperación ante la perspectiva de hambre y muerte. Tampoco las cosechas abundantes producen grandes manifestaciones de regocijo. Los equivalentes de aquellas situaciones críticas en estas sociedades son las fluctuaciones económicas y determinadas crisis que, en las sociedades cada vez más ricas de nuestro tiempo, tienden menos que antes a producir una tensión fuerte y espontánea.

Esta clase de fluctuaciones, en contraposición con las que de manera recurrente se producen en las sociedades predominantemente agrícolas, son más impersonales. Las fluctuaciones del sentimiento y las tristezas y alegrías conectadas con ellas, son de otro tenor. En estas sociedades avanzadas la gente puede no estar protegida contra el desempleo, pero sí lo está, en general, contra el hambre y la inanición. Los altibajos de estas fluctuaciones son como ondas comparativamente largas, lentas y de baja frecuencia, como cambios de un aire relativamente templado de bienestar y prosperidad a otro igualmente templado de desánimo y depresión, en contraste con las ondas cortas, rápidas y de alta frecuencia del júbilo y la melancolía, con transiciones relativamente bruscas de un extremo al otro, que pueden observarse en sociedades menos diferenciadas y predominantemente rurales, ligadas, por ejemplo, a ciclos de saciedad y hambruna.

Incluso cuando se presentan situaciones críticas importantes en la vida de las personas, las erupciones repentinas de sentimientos poderosos —si es que todavía se dan alguna vez— se reservan casi siempre para la intimidad del círculo privado. Los ritos y ceremonias sociales que se celebran en bodas, entierros, con motivo del nacimiento o llegada a la edad adulta de un hijo y en ocasiones similares, a duras penas propician ya —en contraste con los rituales de sociedades más sencillas— claras expresiones públicas de emoción. El miedo y la alegría, el odio y el amor grandes no deben traspasar en modo alguno a la apa-

riencia exterior. Sólo los niños brincan en el aire y bailan de emoción; sólo a ellos no se les acusa inmediatamente de incontrolados o anormales si gritan o lloran desgarradoramente en público por alguna aflicción repentina, si se aterran con un miedo desenfrenado, o muerden y golpean con los puños al odiado enemigo cuando se enfurecen. Ver, en cambio, a hombres y mujeres adultos llorar agitadamente y abandonarse a su amarga tristeza en público, o temblar de miedo, o golpearse salvajemente unos a otros a causa de una violenta emoción, ha dejado de verse como algo normal. Es una situación que casi siempre pone en aprietos al observador y causa vergüenza o pesar a quienes se han dejado arrastrar por ella.

Para ser clasificados como normales, los adultos educados en sociedades como la nuestra se supone que deben saber cómo tensar las bridas de sus emociones fuertes. En general, han aprendido a no exponerlas demasiado ante los demás. Con frecuencia sucede que ya no pueden mostrarlas en absoluto. El control que ejercen sobre sí mismos se ha vuelto, en parte, automático. Entonces, ya no controlan —en parte— su control. Se ha fundido con su estructura de personalidad.

II

En las sociedades industriales avanzadas, las actividades recreativas constituyen un reducto en el que, con la aprobación social, puede expresarse en público un moderado nivel de emoción. No podremos entender el carácter específico y las funciones concretas del ocio en estas sociedades si no nos damos cuenta de que, en general, el nivel de control de las emociones tanto en la vida pública como en la privada se ha elevado con respecto al de las sociedades menos diferenciadas. Que sepamos, en todas las sociedades humanas funciona algún tipo de comedimiento social e individual. Pero las restricciones relativamente fuertes y uniformes características de las sociedades más diferenciadas y complejas surgieron, como ya hemos demostrado², en el curso de una peculiar transformación de las estructuras sociales y personales. Tales restricciones son sintomáticas de un proceso civilizador bastante largo que, a su vez, mantiene una interdependencia circular con la organización especializada y cada vez más eficaz del control en las sociedades complejas: la organización del Estado.

Hasta donde hemos podido ver, las actividades recreativas en tanto que

² Véase Norbert Elias, *El proceso de la civilización*, FGE, 1988, y *State Formation and Civilization*, Oxford, 1982.

área social destinada a mitigar las restricciones no recreativas, se presentan en las sociedades en todas las fases del desarrollo. Sirvan de ejemplo los festivales en honor de Dionisos en la antigua Grecia —la excitación o «entusiasmo» religioso, como lo llamó Aristóteles— y los carnavales de las comunidades cristianas en la Edad Media. Tiempo atrás, muchas actividades religiosas desempeñaban funciones análogas a las que las actividades recreativas desempeñan hoy —muchas de las cuales, las «numéricas» sobre todo, funcionan de manera similar a como lo hacían algunas actividades religiosas del pasado—. Pero si bien las presiones y restricciones tanto como las áreas recreativas especiales para mitigarlas parecen existir en todas las sociedades conocidas, su naturaleza y el equilibrio general entre ellas cambian a lo largo del proceso civilizador. Durante dicho proceso, las restricciones sobre la conducta de las personas se vuelven omnipotentes. Se uniforman, fluctúan menos entre los extremos y se internalizan como una coraza de autocontrol que opera en forma más o menos automática. No obstante, un examen más detallado del largo proceso civilizador indica que los desarrollos sociales en esa dirección producen movimientos en sentido contrario tendentes a equilibrar la balanza mediante el debilitamiento de las restricciones sociales y personales. Es posible observar esta clase de movimientos en algunos campos de la vida contemporánea, entre ellos el del ocio, y citaremos como ejemplos los nuevos desarrollos en la música y el teatro, las nuevas formas de cantar y bailar. Quizás otro ejemplo sea la participación más activa de los espectadores en los acontecimientos deportivos observada aun en países tradicionalmente bastante reservados como el Reino Unido. Tales contra-movimientos representan un moderado desgarramiento en el fuerte tejido de las restricciones y, particularmente entre los jóvenes, un agrandamiento en amplitud y profundidad de los márgenes para la emoción abierta.

Como puede observarse, en las sociedades contemporáneas de este tipo ya no son las actividades y creencias religiosas las que proporcionan un espacio para la relajación que contrarreste las restricciones. Pero, independientemente del carácter de éstas, la excitación y la emoción compensadoras que se hacen sentir en algunas actividades recreativas en estas sociedades —ligadas a cambios específicos en su estructura y sobre todo en el reparto de poder entre diferentes grupos de edades— son a su vez moderadas por restricciones civilizadoras. Al mismo tiempo, el aumento general de la tolerancia con respecto a la demostración pública de la emoción en los últimos años sólo indica de manera más clara y directa la función general que cumplen las actividades recreativas, en particular las de la clase concreta que hemos mencionado. Dada la ausencia de un tér-

mino sociológico preciso para esta clase de actividades, las hemos denominado «miméticas». Si bien no todas, la mayoría de las actividades recreativas que conocemos pertenecen a esta clase, desde los deportes hasta la música y el teatro, desde las películas de suspenso hasta las del Oeste, desde la caza y la pesca hasta las carreras y la pintura, desde los juegos de apuestas y de ajedrez hasta los bailes de *swing* y de rock-and-roll..., y muchos más. Aquí, como en todas partes la búsqueda de la emoción, del «entusiasmo» aristotélico en nuestras actividades recreativas, es la otra cara de la moneda del control y de las restricciones que coartan nuestra expresión emocional en la vida corriente. No es posible entender la una sin la otra.

III

La polarización que comienza a surgir aquí difiere considerablemente de la clásica polarización que en estos momentos domina los debates sobre el ocio: la que existe entre ocio y trabajo. Hoy, a menudo se baraja como evidente la idea de que las actividades recreativas son un complemento del trabajo. Esta idea rara vez plantea problemas y es tratada como un punto de partida aparentemente obvio para investigar el ocio, casi nunca como tema de investigación en sí misma. El popular estereotipo tradicional expresado en frases que fácilmente asoman a nuestros labios, como la de «trabajo y ocio», se ha visto elevado así, sin un examen crítico, a la categoría de axioma científico. Además, la familiaridad tiende a oscurecer la imprecisión de los conceptos de «ocio» y de «trabajo». Tal como están las cosas, no son claras las características que distinguen uno del otro. Ambos conceptos están distorsionados por una herencia de juicios de valor. Según esta tradición, el trabajo está altamente catalogado como un deber moral y un fin en sí mismo; el ocio, degradado como una forma de haraganería y complacencia. Al último, por si fuese poco, se le identifica a menudo con el placer, y también éste ocupa una baja posición en la escala nominal de valores de las sociedades industrializadas. Pese a la reciente preocupación en torno a los problemas que causa la insatisfacción laboral, casi siempre se considera el trabajo como la antítesis innata del placer, como la herencia de la maldición de Adán. El razonamiento de Kant en el sentido de que el deber, si es agradable, deja de ser moral, aún produce un débil eco en la contemporánea polarización de «trabajo» y «ocio», donde, por lo que parece, el último es todo placer y el primero nada en absoluto. Sin embargo, en las sociedades-Estado altamente organizadas de nuestro tiempo, con una ubicua presión de controles externos e internos relativamente per-

manentes, la satisfacción del ocio —o la falta de ella— puede resultar más importante para el bienestar de la gente, desde el punto de vista tanto individual como social, que lo que el valor relativamente bajo adjudicado hasta ahora al ocio nos haría creer. Hasta donde es posible ver, el hecho de que persista la tendencia a considerar las actividades recreativas meramente como un apéndice del trabajo se debe más a la vigencia de un esquema tradicional de valores que a ningún examen sistemático de los dos conceptos ni de las estructuras y funciones sociales de las actividades humanas a que hacen referencia.

Nada más comenzar a examinarlos, es fácil darse cuenta de que, incluso en los estudios sociológicos, se utilizan los conceptos de «trabajo» y «ocio» con bastante manga ancha muchas veces. Los usos actuales hacen que sea difícil decidir si los quehaceres domésticos de un ama de casa o, para el caso, la tarea de jardinería de un profesor, se catalogan como trabajo o no, o como ocio el juego de un futbolista profesional. Si la sociología del ocio, desde el punto de vista tanto teórico como práctico, no está tan avanzada como sería de desear, se debe en no pequeña proporción a esta herencia de valores y a las ambigüedades teóricas que de ella resultan.

IV

En la polarización convencional de trabajo y ocio, el término «trabajo» se refiere por lo general sólo a una clase específica de trabajo: el que la gente realiza para ganarse la vida. En las sociedades más diferenciadas y urbanizadas, es éste un tipo de trabajo estrictamente regulado en su duración y altamente especializado en la mayoría de los casos. Al mismo tiempo, los miembros de estas sociedades también tienen que realizar habitualmente una buena cantidad de trabajo no asalariado en su tiempo libre. Sólo parte de ese tiempo libre puede dedicarse al ocio en el sentido de ocupación libremente escogida y no pagada —escogida principalmente por el placer que proporciona—. Apostaría que, por lo general, en sociedades como la nuestra la gente dedica la mitad de su tiempo libre a trabajar. Uno de los primeros pasos que hay que dar para desarrollar un marco teórico de referencia para el estudio del ocio más en sintonía con los hechos observables, consiste en distinguir y definir con mayor claridad las relaciones entre tiempo libre y ocio. El primero, según los usos lingüísticos actuales, es todo el tiempo libre del trabajo ocupacional. En sociedades como la nuestra, sólo una parte de ese tiempo puede dedicarse a las actividades recreativas. En

términos generales, podemos distinguir, en el tiempo libre de las personas, cinco esferas distintas que se enciman y traslapan de diversas maneras pero que, no obstante, representan actividades diferentes y plantean problemas hasta cierto punto diferentes también.

Actividades en el tiempo libre: Clasificación preliminar³

- 1) *Trabajo privado y administración familiar.* A esta clase pertenecen las innumerables actividades domésticas, incluido el aprovisionamiento mismo del hogar. A esta esfera pertenecen todas las compras grandes y pequeñas, todas las variadas transacciones financieras personales, todos los planes para el futuro. También el cuidado de los hijos, toda la estrategia familiar, incluidas las peleas familiares y muchas tareas relacionadas con ella. Todas estas actividades requieren aptitudes especiales que hay que aprender. En conjunto, esta esfera tiende a absorber más tiempo a medida que asciende el nivel de vida. Como campo de investigación, exceptuando algunos problemas como los del gasto de mantenimiento de una casa, el terreno del trabajo privado y la administración familiar permanece aún sin explorar en gran medida. Muchas actividades relacionadas con él implican trabajo duro. Y una gran parte de éste hay que hacerla nos guste o no. Después de un tiempo, se vuelve rutinario en mayor o menor medida dentro de cada familia. A duras penas puede considerarse ocio.
- 2) *Descanso.* A esta clase de actividades pertenecen sentarse y fumar o tejer, soñar despierto, vagar por casa ocupado en fruslerías, no hacer nada en concreto y, sobre todo, dormir. Podríamos llamar ocio a esta clase de actividades, pero son claramente distintas de muchas otras actividades recreativas que mencionaremos después como representativas de la clase numérica, tales como el deporte y el teatro.
- 3) *Satisfacción de las necesidades biológicas.* Para no dejar lugar a malentendidos: todas las necesidades biológicas a que hemos de subvenir en nuestro tiempo libre y en el que no lo es, están socialmente estructuradas: comer, beber, defecar, hacer el amor y dormir. Estas necesidades aparecen recurrentemente: uno trata de satisfacerlas. Brotan con más fuerza; exigen ser colmadas. Hacerlo es agradable. Se calman y abaten sólo para surgir de nuevo más tarde, cuando se repite el ritmo. Comer, beber y hacer el

³ Éste es el borrador preliminar del cual, tras varios ensayos experimentales, surgió la tipología más precisa y completa del «espectro del tiempo libre». Véase el cap. II de este volumen.

amor irradian a otras clases de actividades directa o indirectamente, sobre todo en la sociabilidad. Todas pueden —y así ocurre generalmente— convertirse en rutinas hasta cierto punto, pero pueden y podrían de hecho ser des-rutinizadas de vez en cuando de un modo más deliberado que el que se suele practicar. Al mismo tiempo, todas tienen esto en común con la clase mimética: pueden proporcionar un goce mayor si uno es capaz de satisfacerlas de manera no rutinaria, como salir a comer a un restaurante para variar.

4) *Sociabilidad*. Tampoco esta esfera de actividades es trabajo, si bien puede implicar un esfuerzo considerable. Va desde un extremo de sociabilidad altamente formal a otro altamente informal con muchos grados intermedios. A esta clase pertenecen actividades que todavía guardan cierta relación con el trabajo, tales como visitar a los compañeros o a los jefes, o salir de viaje, en excursión, etc., con la compañía, y otras que nada tienen que ver con él, tales como ir a un bar, a un club, a un restaurante o a una fiesta, cotillear con los vecinos, estar con otras personas sin hacer nada más, como un fin en sí mismo. Los tipos de sociabilidad como forma de pasar el tiempo libre difieren mucho, por lo que se ve, de una capa social a otra. Al igual que las clases 1 y 2, esta clase de actividades de tiempo libre permanecen inexploradas aún en gran medida.

5) *La clase de actividades miméticas o de juego*⁴. Muchas investigaciones y discusiones acerca de las actividades recreativas se centran en actividades de este tipo. Las demás ya se consideran a menudo como un hecho. También esta investigación se ocupa principalmente de esta clase de actividades porque, a pesar de que cada vez se las estudia más, en ninguna de las investigaciones realizadas hasta ahora resaltan sus características distintivas con claridad suficiente para que podamos entenderlas. Muchos esfuerzos se han dedicado al estudio de aspectos o problemas aislados; relativamente pocos a la estructura básica, a las características comunes de esta clase de actividades, las cuales muestran una gran diversidad. A esta clase pertenecen actividades recreativas tales como ir al teatro o a un concierto, a las carreras o al cine, cazar, pescar, jugar al *bridge*, escalar montañas, apostar, bailar y ver la televisión. Las actividades de este apartado

⁴ El término «juego» puede emplearse con multiplicidad de acepciones y el hecho de que su significado no cuente con límites rígidamente establecidos da pie a que surjan dificultades y malentendidos. Aunque hemos tratado de señalar claramente el sentido en que nosotros empleamos el término, nos pareció útil contar con un término más especializado que aplicar a la clase de actividades de tiempo libre a que nos referimos en este apartado 5. A lo largo del ensayo se irá esclareciendo por qué optamos por el término «mimético».

son actividades de tiempo libre con características de ocio, participe uno en ellas como actor o como espectador, siempre que no sean ocupaciones especializadas con las que uno se gana la vida. En este caso, dejan de ser actividades recreativas y se convierten en una forma de trabajo, con todas las obligaciones y restricciones que esto entraña y que son características del trabajo en sociedades como la nuestra —y aun en aquellos casos en que las actividades como tales proporcionen una alta dosis de placer.

Esta tipología, con ser provisional, puede servir como punto de partida para varias clasificaciones teóricas. Ilustra las insuficiencias que, tanto para fines prácticos como de estudio, presenta una conceptualización que emplea los términos «tiempo libre» y «ocio» como sinónimos en un grado u otro. La tipología que hemos elaborado muestra con mucha claridad que no podemos dedicar al ocio una buena parte de nuestro tiempo libre. Sólo por esta razón, resulta inadecuada la polarización de ocio y trabajo en su forma tradicional, pues parece sugerir que todo el tiempo no invertido en trabajo, en el sentido de trabajo ocupacional asalariado, que todo el tiempo libre puede ser destinado a actividades recreativas.

Como queda implícito en la clasificación, el trabajo en el sentido de trabajo ocupacional asalariado es sólo una de las esferas que requieren la subordinación constante y uniforme de los sentimientos personales, por muy fuertes y apasionados que sean, a las impersonales exigencias y obligaciones sociales. El manto relativamente uniforme de restricciones, en sociedades como la nuestra, se extiende hasta cubrir gran parte del terreno propio de las actividades del tiempo libre. Con diferencias en el grado de coerción, permea numerosas relaciones sociales privadas con personas ajenas al círculo familiar interno. Incluso dentro del propio círculo familiar, es relativamente pequeño el margen socialmente permitido para la relajación de esas restricciones. El control social, incluso el control por parte del Estado, modera las relaciones entre los esposos y entre padres e hijos en sociedades como la nuestra. Los estallidos apasionados, una relajación mayor del control de las emociones, se han vuelto raros aun dentro del propio círculo familiar. En las complejas sociedades industrializadas con una elevada diferenciación de funciones sociales, la interdependencia correspondientemente alta de todas las actividades, públicas así como privadas, ocupacionales tanto como no ocupacionales, exige y produce un manto de restricciones que lo cubre todo. El tejido uniforme y sin fisuras de ese manto de restricciones tal vez se afloje un poco en las relaciones íntimas pero, comparado con el de las

sociedades más simples, ha perdido su carácter segmentario. Ya no presenta las lagunas y aberturas por las que puede colarse la incontentada indulgencia que encontramos en sociedades menos diferenciadas, entre otras razones porque, en ellas, las enormes diferencias de poder y de *status* entre las diferentes capas sociales permiten un margen mucho más amplio para la complacencia emocional y la pérdida del control. Así lo atestiguaban, por ejemplo, la conducta de un amo respecto a sus esclavos o sirvientes o la de un *pater familias* en su relación con su esposa y sus hijos. En sociedades más igualitarias como la nuestra, el manto de restricciones cubre, con diferencias de grado relativamente insignificantes, todas las relaciones humanas. La estructura de estas sociedades, incluso a las personas poderosas deja poco margen para la expresión violenta, espontánea e irreflexiva de sus emociones apasionadas. Ni siquiera ellos pueden relajar nunca la prudencia y la previsión que son concomitantes al comedimiento emocional sin poner en peligro su posición en la sociedad⁵. La restricción de las emociones impuesta al trabajo ocupacional se extiende, como un hábito casi ineludible, sobre una gran parte de la vida no ocupacional de las personas.

En relación con esta ubicuidad y estabilidad del control de la emoción han de evaluarse las funciones específicas del deporte, el teatro, las carreras, las fiestas y todas las demás actividades y acontecimientos habitualmente asociados con el término «ocio», en particular las funciones de todas las actividades y acontecimientos miméticos. Ésta es la polaridad que aquí nos preocupa. Por medio de los acontecimientos recreativos, en particular los de la clase numérica, nuestra sociedad cubre la necesidad de experimentar el desbordamiento de las emociones fuertes en público —proporcionando una liberación que no perturba ni pone en peligro el relativo orden de la vida social, cosa que sí podría hacer una auténtica tensión emocional de tipo serio.

V

Bien puede ocurrir que algunas personas perciban un fuerte matiz de burla en nuestras palabras al describir una sociedad como la nuestra con el calificativo de insípida, carente de emoción. Lo dicho hasta ahora puede contribuir a precisar el sentido que aquí hemos dado al término. Se refiere al tipo y grado de restricción impuesta en nuestra sociedad a las emociones de tipo espontáneo, elemental e irreflexivo, tanto en la alegría como en la tristeza, en el odio como en el amor. Los estallidos extremos, poderosos y apasionados han sido rebajados

⁵ Véase Norbert Elias, *El proceso de la civilización*, para un tratamiento más amplio de este problema.

por restricciones estructurales internas mantenidas por controles sociales, las cuales a su vez, al menos en parte, están enclavadas a tanta profundidad en nosotros que no podemos sacudírnoslas en modo alguno.

Sin embargo, hoy en día a menudo se utiliza el término «emocionante» en un sentido menos específico y más figurado. Nos prestaríamos abiertamente a un malentendido si no dijéramos qué, en este sentido más lato, nuestras sociedades distan mucho de ser insípidas. No le faltaría razón a quien juzgara las sociedades en que vivimos como de las más excitantes en el desarrollo de la humanidad. Quizás una cita ayude a ilustrar este otro sentido. Está tomada de un artículo escrito por Jean-Luc Godard:

Me alegro sobremanera de vivir [...] hoy, en nuestro tiempo, porque los cambios son enormes. Para un *peintre en lettres** esto es inmensamente excitante. En Europa, y en Francia en particular, todo está hoy en movimiento. Claro que hay que tener ojos para verlo. La juventud, el desarrollo de las ciudades, de las provincias, de la industrialización...: vivimos en una época extraordinaria. Para mí representar la vida moderna no consiste sólo en mostrar los inventos y desarrollos industriales aislados a la manera de los periódicos; consiste en representar toda esta metamorfosis⁶.

Esta clase de emoción tal vez muchos la compartamos. Probablemente no sea inexacto decir que, desde el Renacimiento, pocos periodos han ofrecido a quienes vivieron en ellos una oportunidad tan grande como la nuestra para experimentar con formas y pensamientos nuevos y para liberar gradualmente a la imaginación de los grillos tradicionales. Pese a la amenaza de guerra que se cierne sobre nosotros, el aire está lleno de promesas, y eso es excitante.

Pero la excitación de que hablamos en este ensayo es de una clase distinta: menos reflexiva y menos dependiente de la previsión, del conocimiento y de la capacidad que cada quien tenga para liberarse un rato de la opresiva presencia de sufrimientos y peligros que nos rodean. Nos interesa la emoción primaria y espontánea que probablemente se ha opuesto al orden de la vida desde que comenzó la historia humana. En una sociedad en la que han disminuido las inclinaciones hacia la emoción de tipo serio y amenazador, aumenta la función compensadora de la emoción lúdica. Con la ayuda de ésta, la esfera mimética ofrece, por decirlo así, la oportunidad muchas veces repetida, de «refrescar el espíritu» en el curso por lo demás imperturbable de la vida social ordinaria. La emoción lúdica se distingue de la otra por ciertos aspectos a los cuales habre-

* Literalmente «pintor de palabras». En francés en el original. [T.]

⁶ Jean-Luc Godard, *Le Nouvel Observateur*, 1966. Véase también *Die Zeit*, 10, marzo de 1967.

mos de referirnos más tarde. Es una excitación que buscamos voluntariamente. Para sentirla, muchas veces hemos de pagar. Y, a diferencia de la otra, ésta es siempre agradable y, dentro de ciertos límites, podemos disfrutar de ella con el consentimiento social de los demás y con el de nuestra propia conciencia.

Podríamos señalar con toda razón que, fuera de la esfera numérica, nuestra sociedad deja abierto un gran campo para la excitación placentera de tipo totalmente realista. Se pensará, como es obvio, en la que es inherente a las relaciones entre hombres y mujeres. Quizá sea posible ilustrar un poco más la línea de pensamiento que hemos seguido hasta ahora si aceptamos este reto. En nuestra sociedad, la gran emoción intrínseca al encuentro de los sexos se ha circunscrito de una manera muy concreta. También en esta esfera la pasión y la emoción en estado bruto conllevan grandes peligros. Es fácil que lo olvidemos porque también en este terreno un nivel muy elevado de restricciones se convierte en la segunda naturaleza de quienes han sido criados y educados en estas sociedades más complejas y, del mismo modo que en los demás campos, el relajamiento de los controles tiende a catalogarse como anómalo o constitutivo de delito. La experiencia grandiosa y emocionante que entraña el conocimiento del otro sexo está regulada, de acuerdo con las tradiciones y normas oficiales de nuestra sociedad, para que se convierta en un acontecimiento único en la vida de las personas. La emoción más grande posible socialmente reconocida, simbolizada por el concepto del amor, se hace encajar en el orden de nuestra vida limitándola, idealmente por lo menos, a una sola experiencia en la vida de cada individuo. Probablemente, nada ilustra tan bien la peculiar función de la esfera mimética en nuestra sociedad como el inmenso papel que la representación del amor desempeña en muchos de sus productos. La necesidad aparentemente inacabable de representaciones del amor en películas, obras de teatro y novelas no se explica suficientemente con simples referencias a las inclinaciones libidinosas de las personas. Lo que estas representaciones miméticas proporcionan es la renovación de la emoción específica asociada con la primera, y quizá después con otra nueva, gran relación sentimental entre un hombre y una mujer, una posibilidad que está cerrada para muchos en la vida real. Para clarificar nuestro problema es vital distinguir en este contexto entre la satisfacción, incluida la satisfacción sexual, inherente a una vida matrimonial larga y bien ordenada por un lado, y la excitación específica inherente al único gran amor, que es fresca y nueva, por el otro. Lo que las innumerables representaciones miméticas del amor ofrecen es la experiencia de volver a vivir esta emoción, aunque sólo sea ficticiamente, volver a sentirla con todas sus tensiones y conflictos hasta la culminación, que es agradable tanto si el desenlace de la historia es alegre como si

es desgraciado. La experiencia mimética del amor produce y despierta emociones que suelen adormecerse en la vida corriente, aun cuando las personas no carezcan de satisfacción sexual en el sentido más común del término.

Gracias a este ejemplo, vemos mejor por qué no basta con tratar sólo el trabajo ocupacional como el polo opuesto del ocio ni pretender explicar las características y funciones de las actividades recreativas sólo con respecto a las del trabajo ocupacional. En sociedades relativamente bien ordenadas como la nuestra, la rutinización invade todas las esferas de la vida, incluidas las de mayor intimidad⁷. No limita su acción al trabajo fabril ni a las actividades eclesiásticas, administrativas u otras similares. A menos que el organismo sea reanimado y sacudido intermitentemente por alguna experiencia excitante ayudada por poderosos sentimientos, la rutinización y la restricción globales como condiciones del orden y de la seguridad harán que se resequen las emociones y nazca un sentimiento de monotonía, del cual la monotonía emocional del trabajo no es sino un ejemplo. Pues no es en tanto que propiedad del trabajo cuanto de los sentimientos engendrados en quienes lo realizan como debe evaluarse la cualidad de monótono. La peculiar estimulación emocional proporcionada por las actividades recreativas de tipo numérico y que culmina en una tensión y exaltación agradables, representa la contrapartida más o menos institucionalizada de las fuertes y constantes restricciones emocionales requeridas por todas las actividades no recreativas de la gente en las sociedades más diferenciadas y civilizadas. La emoción lúdica y agradable que los individuos buscan en sus horas de ocio representa, pues, al mismo tiempo el complemento y la antítesis de la periódica propensión por parte de las emociones a perder su frescura en las rutinas «racionales», no recreativas de la vida⁸; mientras que la estructura de las organizaciones e instituciones miméticas representa la antítesis y el complemento de la de las instituciones formalmente impersonales y encaminadas a un fin, que dejan poco espacio para las emociones apasionadas o las fluctuaciones en los estados de ánimo. En tanto que complemento del mundo de actividades no recreativas, encaminadas al cumplimiento de tareas y altamente impersonales, las

⁷ El concepto de «rutinización» empleado aquí difiere en ciertos aspectos esenciales del mismo concepto tal como lo emplearon Joffre Dumazedier en su *Toward a Society of Leisure* (Nueva York y Londres, 1967) y Georges Friedmann en *Industrial Society* (Glencoe, Illinois, 1955). Estos autores utilizan el término fundamentalmente para referirse al modo en que la mecanización y la racionalización conducen a la monotonía y la repetitividad en las tareas laborales, las cuales a su vez acaban por provocar sensación de aburrimiento en quienes las realizan. Aquí, en cambio, el término alude al control social y personal de los afectos, a la rutinización que entra en juego en todas las situaciones en que los individuos han de subordinar sus sentimientos e impulsos momentáneos a las demandas que, directa o indirectamente, les impone su posición social.

⁸ Norbert Elias, «Sociology and Psychiatry», en S. H. Foulkes (comp.), *Psychiatry in a Changing Society*, Londres, 1969. Véase también Norbert Elias, *What is Sociology?*, Londres, 1978.

instituciones recreativas, sean teatros y conciertos o carreras y partidos de críquet, no son sino representaciones de un mundo «irreal» de fantasía. La esfera mimética constituye una parte específica e integral de la «realidad» social.

VI

Con esta polarización como punto de partida podemos ver más claramente el problema básico con el que nos enfrentamos al estudiar el ocio. Es un problema que, en términos generales, se disocia en dos preguntas interdependientes:

- 1) ¿Cuáles son las características de las necesidades recreativas que tienen las personas en las sociedades más complejas y civilizadas de nuestro tiempo?
- 2) ¿Cuáles son las características de los tipos concretos de actividades recreativas desarrollados en las sociedades de esta clase para la satisfacción de esas necesidades?

Con el fin de desbrozar el camino para un examen más detallado y objetivo, nos pareció útil separar la necesidad de un tipo especial de emoción agradable y colocarla en el centro de la primera interrogante. Esto nos permite demostrar que esa necesidad se encuentra en el centro de casi todas las necesidades lúdicas. La emoción es, por decirlo de alguna manera, lo que da sabor a todos los placeres relacionados con el juego.

Quizá no sea tan sencillo ver la finalidad y las implicaciones de la pregunta número dos. Una de las razones por las que nos pareció necesario recurrir a un término concreto en el que englobar todos los acontecimientos recreativos razonablemente clasificados como numéricos fue el reconocimiento de que todos ellos tienen una estructura específica que les permite satisfacer necesidades recreativas concretas. Consideramos útil conceptualizar como inherentes a su estructura las características que hacen que los acontecimientos recreativos tales como los deportes, los conciertos, las películas y la televisión se adecuen a las necesidades que los individuos tienen de gozar en sus ratos de ocio. Esperamos no pecar de presuntuosos por decir que, si bien suele hablarse de la estructura de las fábricas o de las familias, no hemos llegado aún al punto en que la gente hable regularmente de la estructura de los acontecimientos recreativos. Sin embargo, una vez alcanzado este punto, no resulta difícil ver que el meollo del problema del ocio radica en la relación que existe entre la estructura de las necesidades recreativas características de sociedades como la nuestra y la estructura de las actividades encaminadas a satisfacer esas necesidades.

Con dicho problema nos vimos enfrentados por primera vez cuando estudiábamos el fútbol. En el curso de nuestro estudio no pudimos dejar de advertir que en el juego había una clase especial de dinámica de grupo, un equilibrio de tensiones, en resumen, una estructura claramente susceptible de ser analizada, la cual era experimentada como inmensamente emocionante y placentera, "mientras que otro tipo de figuración, igualmente abierto a un claro análisis figuracional, era considerado decepcionante y carente de emoción. Fue en este contexto dónde nos topamos por vez primera con el problema que, *mutatis mutandis*, puede plantearse con respecto a todas las actividades miméticas: el problema ya formulado de la correspondencia entre las necesidades recreativas socialmente generadas y la estructura de los acontecimientos recreativos socialmente instituidos destinados a satisfacerlas. No estamos sugiriendo que plantear y clarificar el problema baste por sí solo para señalar una solución definitiva. Se trata de un problema complicado y habrá que asentar explícitamente algunas de las dificultades con que nos encontramos al explorarlo. Pero, aun cuando no es nuestra intención hacer creer que podemos presentar una solución definitiva en este ensayo ni que vamos a hacer tal cosa, sí esperamos poder dar algunos pasos hacia esa solución.

Una de las principales dificultades que surgen en problemas como éste, y probablemente una de las razones por las que se ha avanzado tan poco hasta el momento, radica en el hecho de que el problema traspasa las fronteras de varias ciencias. Que podamos denominarlo o no un problema interdisciplinar es una cuestión discutible, ya que no surge como tal si circunscribimos nuestra investigación estrictamente a los límites tradicionales de cualquiera de las ciencias humanas. El problema tiene aspectos fisiológicos, psicológicos y sociológicos. Lo que sucede es que, si bien estas distinciones son más reales desde el punto de vista de las actuales fronteras disciplinarias, a menudo conllevan la ilusión de que el objeto de cada disciplina tiene una existencia independiente. Considerando la realidad que pretendemos explorar, las áreas problema de que se ocupan estas tres distintas especialidades, aunque discernibles, son también inseparables e interdependientes. Todas tienen que ver con los seres humanos y los seres humanos no consisten en compartimientos separados e independientes. Lo que por razones de estudio ha sido desmenuzado, por las mismas razones debe ser aglutinado de nuevo.

- 1) Algunos aspectos fisiológicos del síndrome de alteración emocional han sido estudiados por especialistas como Walter B. Cannon y otros⁹. Ellos

⁹ Walter B. Cannon, *The Wisdom of the Body* [La sabiduría del cuerpo], Londres, 1947. Véase también su *Bo-*

nos ofrecen un cuadro de los principales cambios somáticos que se presentan en animales y personas cuando se ven súbitamente frente a una situación crítica. El cuadro es bastante claro para permitirnos, al menos tentativamente, sugerir posibilidades de correspondencia entre las estructuras orgánicas de una reacción a la excitación y las estructuras sociales de los acontecimientos que las provocan. Pero las investigaciones fisiológicas se han concentrado en las clases más desagradables de excitación. Los resultados se han resumido con la ayuda de conceptos tales como reacciones de «emergencia» o de «alarma»¹⁰. El aparato fisiológico de la excitación ha sido estudiado casi enteramente en cuanto se relaciona con el hambre, el miedo, la ira y, en general, como reacción específica ante un peligro repentino. En cambio, sabemos relativamente poco acerca del síndrome de alteración emocional asociado con el placer. No obstante, pese a esta limitación, las investigaciones fisiológicas muestran, mejor que ninguna otra, que este síndrome es como un cambio en la «caja de velocidades» que afecta a todo el organismo en todos los niveles; y sin una comprensión por los menos mínima del cambio global producido en el equilibrio multipolar de tensiones de todo el organismo, no podremos entender el isomorfismo entre la estructura de los acontecimientos recreativos excitantes —un emocionante partido de fútbol, por ejemplo— y el «cambio de marcha» que vemos en la masa de los espectadores y conceptualizamos como emoción.

- 2) Los aspectos psicológicos del síndrome de alteración emocional sólo se han estudiado explícitamente en las áreas más próximas al nivel fisiológico, es decir, en niños de muy corta edad. Hay pruebas de que la reacción generalizada a la excitación es una de las primeras en aparecer en los niños pequeños¹¹. Los estudios de este área en la infancia parecen indicar que el movimiento del cuerpo hacia adelante y hacia atrás y otros movimientos rítmicos se hallan entre las primerísimas manifestaciones de un síndrome de excitación. Pueden tener un efecto calmante y estar co-

dily Changes in Pain, Hunger, Fear and Rage [Cambios corporales en estado de dolor, hambre, miedo y rabia], Nueva York, 1929. Para más lecturas sobre el tema véanse M. L. Reymert (comp.), *Feelings and Emotions: the Moosehart Symposium* [Sentimientos y emociones: el Simposio Moosehart], Nueva York, 1950; A. Simón, C. Herbert y R. Strauss, *The Physiology of Emotions* [Fisiología de las emociones], Springfield, Illinois, 1961; I. J. Saül, «Physiological Effects of Emotion! Tension» [Los efectos fisiológicos de la tensión emocional], en J. M. Hunt (comp.), *Personality and the Behaviour Disorders* [La personalidad y los desórdenes de la conducta], Nueva York, vol. 1, 1954.

¹⁰ Véase, por ejemplo, P. C. Constantinides y N. Carey, «The Alarm Reaction», en D. K. Candland (comp.) *Emotion Bodily Change* [La emoción: cambio corporal], Nueva York, 1962.

¹¹ Véase, por ejemplo, K. M. B. Bridges, *The social and Emotional Development of the Pre-School Child* [El desarrollo social y emocional del niño antes de la edad escolar], Londres, 1931.

nectados con sensaciones agradables. Quizá no sea tan descabellado suponer que una clase de actividad recreativa agradable: la emoción del juego expresada por movimientos rítmicamente repetitivos en algunos bailes, derive de la misma excitación elemental que se observa en los niños pequeños.

Por lo demás, los psicólogos, en cuanto tales, han contribuido muy poco a la comprensión de estos problemas. Los estudios experimentales y sistemáticos del control así como de los contra-movimientos dirigidos a relajar los controles, y todos los temas relativos a la fluctuación entre equilibrio y tensiones asociadas a los movimientos hacia un mayor control y los correspondientes contra-movimientos, son todavía un campo abierto a la investigación. En este sentido, sólo hemos podido contar con nuestros propios recursos.

- 3) Lo mismo puede decirse en mayor o menor medida con respecto al estudio sociológico de los acontecimientos recreativos. La estructura y particularmente las propiedades de estos acontecimientos que hallan resonancia en el satisfactorio goce-juego de actores y espectadores, el cual suele culminar en un climax, están aún sin explorar en su mayor parte. Ya nos hemos referido a nuestro intento de aclarar este tipo de estructura en lo que toca al fútbol.

VII

Para mejor comprender las dificultades con que tropezamos al tratar problemas que no encajan en los límites de ninguna de las actuales especialidades académicas, puede ser útil echar un vistazo al modo en que esos mismos problemas eran abordados cuando aún no se había producido esta división del trabajo, este desgajamiento de la búsqueda del saber en diversas especialidades. En una etapa anterior se consideraba que tales problemas tenían cabida en la matriz universal de la filosofía. Uno de los mejores ejemplos de esta manera global de abordar el problema que aquí nos ocupa puede verse en Aristóteles. En caso de que a alguien le parezca extraño y hasta un poco sospechoso que, en esta avanzada era científica, el autor de una investigación sociológica mencione el enfoque dado por Aristóteles a los problemas de la excitación en el ocio, quizá sea acertado exponer un resumen breve y necesariamente rápido de la hipótesis del filósofo griego.

Conforme con la estructura de la sociedad griega, diferente de la nuestra,

el concepto griego de «ocio» no tenía en absoluto el significado que tiene para nosotros. Una ventaja adicional de esta mirada al pasado es que ofrece una perspectiva mejor para ver las limitaciones de nuestros en cierto modo estereotipados conceptos de ocio y trabajo al confrontarlos con los correspondientes en otra sociedad.

Aristóteles estudió con ahínco lo que hoy llamaríamos los «problemas del ocio»¹². Los traductores, empero, suelen oscurecer la distinta experiencia y el diferente esquema de valores representado por su manera de pensar y de escribir; casi siempre intentan traducir no sólo sus palabras a nuestras palabras sino también su manera de pensar a la nuestra, sin haber entendido claramente la singularidad de su experiencia en una sociedad distinta. Consideremos las propias palabras que Aristóteles empleó para analizar los problemas en torno al ocio y al trabajo. El término griego para «ocio» es el antecesor directo de la palabra inglesa «*schol*»: *schole*. El término podía referirse también a las ocupaciones de los hombres ociosos, a aquello en lo que empleaban sus ratos de ocio: a la conversación, los debates y discusiones eruditas, las conferencias, o al grupo al cual se dictaban las conferencias. De este modo fue acercándose poco a poco al significado de nuestra palabra «escuela». Pero sólo acercándose, pues aprender era y continuó siendo principalmente un privilegio de los «hombres de ocio».

Sin embargo, en Grecia los miembros de las clases ociosas tenían cosas que hacer que los mantenían alejados de la *schole* entendida como ocio, cosas como administrar sus fincas, ocuparse de los asuntos cívicos, la guerra o el servicio militar. Éstas y muchas otras ocupaciones llenaban buena parte de su tiempo y, cuando se referían a ellas, empleaban la palabra con que designaban el trabajo. Nada ilustra mejor la diferencia entre su esquema de valores y el nuestro que esa palabra con la que se referían al trabajo de un caballero. Sólo podían expresarlo negativamente, formando una palabra que significa «no tener ocio»: *ascholia*. Sin una referencia a los verdaderos significados de los términos griegos, no es posible entender declaraciones de Aristóteles como la que sigue: «Trabajamos para tener ocio», que simplemente significa: trabajamos con el fin de tener tiempo para cosas mejores y más plenas de sentido.

De la teoría de Aristóteles sobre el ocio no han sobrevivido sino unos fragmentos¹³, pero casi todos esclarecedores. Su teoría se centra en el efecto de la música y la tragedia sobre las personas. Tal vez muchos dudarían hoy en ex-

¹² Para sus opiniones sobre la música véase sobre todo su *Política*, VII y VIII. Con respecto a sus juicios sobre los afectos en general véase *Política* I. La catarsis (purgación) psicológica (extática) y la catarsis somática se asemejan en unos aspectos y difieren en otros. Semejanzas: eliminar las sustancias nocivas ayuda a restaurar el equilibrio perdido. Diferencias: la catarsis extática sólo produce una cura temporal y siempre va acompañada de sensaciones agradables.

¹³ La versión de la *Poética* que ha llegado hasta nosotros sólo es un fragmento de la obra original.

plicar los efectos de estas actividades recreativas, que tan alto rango ocupan en nuestra escala de valores, siguiendo el modelo de los efectos producidos por un purgante. Aristóteles, quien no las colocaba en un rango inferior, no dudó en hacerlo. De hecho, una de las diferencias principales entre el enfoque científico de hoy a los problemas humanos y el de Aristóteles era éste: numerosos especialistas contemporáneos en ciencias humanas parecen mirar por encima del hombro los obsesionantes paradigmas de las ciencias no humanas, de la física, sobre todo. Quizá la reserva más confiable de conocimiento empírico que muchos de los grandes pensadores de la Antigüedad consideraban como modelo a seguir era la medicina. No es extraño, pues, que Aristóteles, al evaluar los efectos de la música y el teatro en los seres humanos, siguiera el ejemplo de los médicos, que basaban sus observaciones en los hechos. La pieza medular de su teoría sobre los efectos de la música y el drama era el concepto de «catarsis», derivado del concepto médico referido a la eliminación del cuerpo de las sustancias nocivas, a la limpieza del cuerpo mediante un purgante. En sentido figurado, sugería Aristóteles, la música y la tragedia hacen algo parecido. También tienen un efecto curativo, que provocan no mediante el movimiento de los intestinos sino mediante un «movimiento del alma» (*Kinesis tes psyches*). Si alguien está sobreexcitado o tenso, la música estimulante le ayudará a calmarse. Si está paralizado por la desesperación y el abatimiento, hallará consuelo en el despertar de sus emociones por medio de melodías tristes. La esencia del efecto curativo de estos acontecimientos miméticos radica en que la emoción que producen, a diferencia de la que se experimenta en situaciones gravemente críticas, es agradable. En este contexto utilizó Aristóteles explícitamente el término *pharmakon*. El supo ver lo que quizá se ha suprimido u olvidado mayoritariamente en la tradición del pensamiento europeo pese a la absorción de sus ideas en las tradiciones de la Iglesia cristiana: que el placer comparativamente moderado que las actividades miméticas ofrecen puede tener un efecto curativo. Sin el elemento hedonista del «entusiasmo», es decir, de la emoción producida por la música y el teatro, de ningún modo es posible la catarsis.

Bien merecería la pena considerar otros aspectos de la teoría aristotélica sobre los efectos de los acontecimientos recreativos en las personas. Lo que se ha dicho aquí puede bastar para demostrar que, en aquella etapa, aún podía verse con claridad un problema que es mucho más difícil de ver en una etapa de desarrollo en que el estudio de los seres humanos está minuciosamente dividido entre varias especialidades, las cuales mantienen una incierta relación entre sí y carecen de un esquema redentor de integración. Asimismo —en un periodo en el que, hasta en las teorías científicas de la psicología y la sociología, los proble-

mas del placer en general y de la emoción placentera en particular suelen ser tratados, si es que se tratan en absoluto, con pies de plomo—, quizá sea útil ver cuán seriamente consideró Aristóteles. el efecto restaurador del gozo recreativo tomando en cuenta lo mucho que ha aumentado el conocimiento de los hechos de que disponemos hoy, no es sorprendente que avancemos más de lo que él pudo. Pero, como punto de partida, su enfoque resulta sugerente. Es difícil creer que pueda elaborarse una teoría adecuada del ocio sin prestar atención a los aspectos placenteros de las actividades recreativas.

VIII

Aristóteles, quien otorgaba un papel tan principal a las ocupaciones recreativas, propuso su tesis de que el placer es un componente necesario en el efecto catártico y curativo de éstas sin hacer ningún hincapié especial en el hecho. Presentó su tesis como si fuera la cosa más natural del mundo. Es cierto que iba dirigida, polémicamente, contra otros filósofos griegos como Platón y los estoicos, quienes tendían a considerar los afectos humanos con recelo, si es que no con franco desprecio, pero no tuvo que enfrentarse a herencia alguna de tabúes sociales. En el contexto de una tradición como la nuestra, las discusiones sobre los problemas del placer suelen desquiciarse: la tendencia a descartar el placer como tema serio de conversación o investigación va emparejada con la tendencia a exagerar su importancia, que es característica del esfuerzo necesario cuando nos aproximamos a una zona tabú. Bien puede ser que, debido a lo difícil que resulta encontrar el punto correcto de equilibrio, la función de las actividades recreativas como fuentes de placer no sea con frecuencia, ni siquiera hoy, considerada importante, si es que llega a hablarse de ella en absoluto.

No obstante, y a lo largo de los pasados siglos, aun en la tradición europea la tesis de Aristóteles ha ayudado de vez en cuando a quienes combatían contra la reducción o eliminación de las actividades propiciadoras de placer a librar sus batallas. Un ejemplo es Milton. Cuando sus puritanos amigos trataron de poner fin no sólo al entretenimiento teatral proporcionado por las obras ligeras sino incluso a la representación de las tragedias, escribió lo siguiente:

La tragedia, tal como se componía antiguamente, ha sido siempre considerada el más serio, más moral y provechoso de todos los Poemas: por algo habló Aristóteles de su poder de provocar compasión y miedo, de limpiar la mente de estas y otras pasiones afines, es decir, de moderarlas y reducirlas a su justa medida mediante una especie de deleite suscitado al leer o presenciar esas pasiones bien imi-

tadas. Y no tarda la Naturaleza en ratificar como buena su aseveración pues igualmente se utilizan en Física remedios de naturaleza melancólica para combatir la melancolía, lo ácido contra lo ácido, la sal para eliminar los humores".

En tiempos de Milton, el efecto catártico de las poderosas pasiones suscitadas en el juego y como tales entremezcladas con el deleite, pese a lo desagradables y temibles que esas mismas pasiones son en la vida real —es decir, el problema y la tesis planteados por Aristóteles—, todavía era conocido por los eruditos. Su concordancia con la medicina homeopática aún los hacía sonar familiares y convincentes. A la luz de las mucho más desarrolladas técnicas actuales de investigación y del fondo mucho más vasto de conocimientos de que disponemos, la teoría de Aristóteles debe parecer simple y poco elaborada, pero trae a la mente aspectos del problema del ocio hoy frecuentemente olvidados. Uno de ellos es el hecho de que la mayoría de los acontecimientos recreativos suscitan emociones relacionadas con las que experimentamos en otras esferas: provocan miedo y compasión, o celos y odio en sintonía con otras personas, pero de un modo no seriamente perturbador ni peligroso como suele suceder en los casos de la vida real. Al pasar a la esfera mimética, esas emociones son transpuestas, por decirlo así, a una clave diferente. Pierden su fuerza punzante. Se mezclan con «una especie de deleite».

El término «mimético» hace alusión a este aspecto de un tipo determinado de acontecimientos y experiencias recreativas. En su sentido más literal significa «imitativo», pero ya era usado en la Antigüedad con un sentido más amplio y figurado. Se refería a todas las clases de formas artísticas en su relación con la «realidad», fueran o no de naturaleza representativa.

Sin embargo, el aspecto imitativo que es la característica común de todos los acontecimientos recreativos clasificados bajo ese membrete y que puede ser más alto o más bajo según las evaluaciones actuales, desde las tragedias y las sinfonías hasta el póquer y la ruleta, no consiste en que sean representaciones de acontecimientos de «la vida real», sino en que las emociones —los afectos— que provocan guardan relación con las que se experimentan en situaciones de la vida real, sólo que en una clave distinta y mezcladas con «una especie de deleite». Desde el punto de vista tanto social como personal, desempeñan una función distinta y afectan de manera diferente a las personas. Si se compara la emoción generada en situaciones de la «vida real» con la suscitada por las actividades recreativas, se perciben semejanzas así como diferencias muy claras. Si bien la investigación fisiológica en esta línea apenas acaba de iniciarse, hay razones

¹⁴ John Milton, Prefacio a «Samson Agonistes», *Obras Completas*, vol. I, 2.* parte, Nueva York, 1931, pág. 331.

para creer que los aspectos fisiológicos básicos del síndrome de excitación son iguales en ambos casos. Interesante y satisfactorio sería descubrir cuáles son las diferencias específicas. Psicológica y socialmente, la diferencia es más fácil de reconocer. En los casos de tensión emocional seria, no mimética, la gente tiende a perder el control y a convertirse en una amenaza, tanto para sí misma como para los demás. La emoción mimética, en cambio, no entraña social ni personalmente peligro alguno y puede tener un efecto catártico. Pero la última puede transformarse en la primera, como lo atestiguan las desenfrenadas masas de espectadores en un partido de fútbol o los fans en un concierto de música pop¹⁵. Así pues, el término «mimético» es utilizado aquí en un sentido específico. Podría considerarse que se refiere primariamente a la relación entre los acontecimientos numéricos en sí mismos y ciertas situaciones seriamente críticas a las que parecen asemejarse, pero, de hecho, la conexión a que el término «mimético», en el sentido en que se ha empleado aquí, hace referencia es, en primer lugar, la que se establece entre los afectos suscitados por los acontecimientos miméticos y los provocados por situaciones graves y concretas de la vida. De este modo, los conflictos, los triunfos y derrotas dramática y trágicamente representados en una obra teatral como *Las troyanas* de Eurípides, pueden o no guardar una relación directa con las situaciones de la vida de un público del siglo XX, pero los afectos que evocan pueden ser inmediatos, fuertes, espontáneos y, si se me permite usar la frase, totalmente contemporáneos. Son los afectos suscitados por toda la cadena de acontecimientos característicos de la esfera de ese nombre los que, de una manera lúdica y placentera, se parecen a los afectos experimentados en situaciones gravemente críticas, aun cuando los acontecimientos miméticos no se parezcan en absoluto a los sucesos «reales». El modelo y la naturaleza de las representaciones teatrales no son desde luego los mismos en todas las sociedades. La fuerza y la estructura de las necesidades emocionales difieren según la etapa del proceso civilizador alcanzada por cada sociedad. En consecuencia, varían también los acontecimientos miméticos que satisfacen estas necesidades. Pero el hecho de que ciertas clases de acontecimientos miméticos tales como obras teatrales o musicales puedan disfrutarse con gusto en sociedades muy distintas entre sí es una de las observaciones que indican por qué la alusión a la imitación contenida en el término «mimético» se malentendería si se interpretase como que los propios acontecimientos miméticos imitan situa-

¹⁵ No es posible mostrar en detalle las condiciones bajo las cuales esto tiende a ocurrir, si bien podemos analizarlas a partir de tales premisas. Tal vez sea suficiente decir que uno de los factores de esta *metabasis eis allo genos* para que se dé una transición así a otra clase, es la relativa ausencia de autonomía que tienen los acontecimientos miméticos en relación con los acontecimientos sociales en general.

ciones de la vida real. Esta relación es muy frágil casi siempre, en tanto que la existente entre los sentimientos con que armonizan los sucesos miméticos y los que obedecen a situaciones gravemente críticas es, en cambio, una relación muy especial y muy directa.

No es sólo la manera directa y natural con que en épocas anteriores se consideraban el goce y el deleite como ingredientes esenciales en la resonancia emocional de los sucesos recreativos lo que hace enriquecedor el regreso a las reflexiones de aquellas personas de entonces, sino también su clara comprensión de la aparente paradoja presente en la resonancia emocional de los acontecimientos recreativos. Aristóteles mencionó la cualidad de las tragedias de suscitar miedo y sufrimiento y la compasión a que dan lugar. En sus *Confesiones* san Agustín, tras reprocharse a sí mismo la frecuentación de teatros y otros lugares de entretenimiento, se preguntaba incisivamente cómo es posible que consideremos entretenidas representaciones que nos hacen sentir miedo, rabia, ira y muchos otros sentimientos de los que, si pudiéramos, huiríamos en la vida real como si de la peste se tratara¹⁶. A la luz de tales reflexiones de épocas pasadas, suenan extrañas algunas de nuestro tiempo sobre los mismos problemas. No es raro hoy en día hallar explicaciones en el sentido de que los acontecimientos recreativos son una forma de «recuperarse del trabajo», «relajarse de la fatiga de la vida diaria» y, sobre todo, «liberarse de la tensión». He aquí dos ejemplos. M. H. y E. S. Neumayer han planteado que los acontecimientos recreativos son:

actividades que recrean el cuerpo y la mente, resultando en la renovación de las agotadas fuerzas de la gente tras relajarse de las ocupaciones más serias de la vida.

¹⁶ San Agustín, *Confesiones*, III, ii, 2:

Rapienbant me spectacula theatraica plena imaginibus miserarium mearum et fomitibus ignis mei. Qui est, quod ibi homo uult dolere cum spectat luctuosa et trágica, quae tamen pati ipse nolle? Et tamen pati uult ex eis dolorem spectator et dolor ipse est uoluptus eius. Quid est nisi miserabilis insania? Nam eo magis eis monetur quisque, quo minus a talibus affectibus sanus est, quamquam, cum ipse patitur, miseria, cum aliis compatitur, misericordia dici solet Sed qualis tandem misericordia in rebus fictis et scenicis?

La pregunta se aplica no sólo a las tragedias sino a un amplio campo de entretenimientos: a las luchas de gladiadores y osos salvajes en los circos de las ciudades romanas características del nivel de civilización de la sociedad de Roma; a los combates de boxeo, de lucha libre, a las carreras de autos, los saltos de esquí o los partidos de béisbol, así como a todas las representaciones teatrales propias del nivel de civilización de las sociedades avanzadas del siglo XX. Se aplica, en resumen, a las representaciones miméticas de todo tipo y a todas las emociones que tienen que ver con ellas.

Cuando una persona está cansada por el trabajo físico y mental pero no siente aún la necesidad de dormir, es el momento adecuado para la recreación activa".

Y G. T. W. Patrick alegaba que

todos los juegos son pasatiempos pero no todos los pasatiempos son juegos. Algunos de éstos sólo parecen satisfacer el ansia de excitación. Tomando en cuenta que toda nuestra vida moderna es tan emocionante comparada con anteriores modos de vivir, ¿por qué será que en nuestro tiempo de ocio buscamos pasatiempos que nos estimulen? [...] Afortunadamente, los psicólogos han dado con la respuesta y ahora entendemos bastante bien la psicología del juego. Hemos comprendido que no es emoción lo que buscamos en el juego sino un modo de liberarnos de todas las formas de actividad mental que nos agotan en las pesadas rutinas cotidianas¹⁸.

Sin embargo, no sólo las observaciones de los antiguos sino también casi todas las de nuestra época apuntan al hecho de que lo que los humanos buscan en sus actividades recreativas miméticas no es liberarse de las tensiones sino, por el contrario, sentir un tipo concreto de tensión, una forma de excitación a menudo asociada, como claramente vio San Agustín, con el temor, la tristeza y otras emociones que trataríamos de evitar en la vida diaria. Podríamos citar toda una lista de ejemplos para demostrar que el estímulo de las tensiones es un componente básico en todas las variedades de placer recreativo englobadas en la esfera mimética, pero para los fines que aquí perseguimos puede ser suficiente con tres de ellos, relativos a diferentes clases de actividades miméticas. Primero, la condensada representación por un poeta de la pauta de conducta de una multitud durante una actuación de los Beatles:

The Beatles at Shea Stadium

Preliminary sounds
lick the sixty
thousand into one
body
ululating

¹⁷ *Leisure and Recreation*, Nueva York, 1931, pág. 249.

¹⁸ «The Play of a Nation», *Scientific Monthly*, XIII, 1921, págs. 351-353.

on the rim
of knowledge

Jangled nerves await
exploratory chords
the plunge is immediate
protracted climax

Bacchic girls drop,
thrashing frenzy,
or faint, arms flopping.
Scatched faces
grimace to believe
flat against a fence,
clawing, heave,
arched bodies lean,
arms, pleading, reach
to cross the void between^{19*}.

Este poema describe muy bien un modelo concreto que se repite en buen número de acontecimientos miméticos: el gradual aumento de la tensión-emoción que, como dice el poeta, en el caso de un público *pop* culmina en un prolongado climax cercano al delirio, y se resuelve luego lentamente. Un modelo similar al que descubrimos durante la representación de numerosas obras teatrales: el ascenso gradual de las tensiones que, mediante el climax, desemboca en la resolución de la tensión. Consideremos como ejemplo el resumen de la "Reacción del público a una obra en la siguiente reseña teatral:

No fue una noche muy cómoda la que nos dieron [...], aunque para quienes iban preparados resultó de seguro magníficamente satisfactoria. El campo de batalla era naturalmente la vida conyugal, y el primer requisito para una producción digna del autor era contar con dos actores capaces de representar convincentemente y con todo realismo los papeles de Edgar, el marido, y Alice, la esposa, quienes a lo largo de la obra libran las últimas y culminantes escenas de la guerra en que han estado enfrascados durante veinticinco años de matrimonio.

¹⁹ David Kerr, «The Beatles at Shea Stadium», *Twentieth Century*, otoño de 1966, pág. 48.

* [Los sonidos preliminares/ aglutinan a los sesenta/ mil en un/ cuerpo/ que ulula/ en el límite/ de la conciencia/ [...]/ Los desafinados nervios aguardan/ los acordes preparatorios/ la inmersión es un climax/ inmediato y prolongado/ [...]/ Jóvenes báquicas caen a tierra./ frenético delirio./ o pierden el sentido./ brazos que se desploman./ Rostros arañados/ con muecas de fe/ aplastados contra una valla./ los dedos como garfios, resoplando./ se apoyan los arqueados cuerpos./ sus brazos, suplicantes, se estiran/ para cruzar el vacío intermedio.]

Uno podía haber aventurado con absoluta confianza que el papel de Edgar, comandante de un pequeño destacamento de soldados estacionados en una isla con todas las posibilidades para que florezcan el odio y la frustración, daría a sir Laurence Olivier la oportunidad de desplegar todos sus recursos y ofrecer una espléndida actuación.

Lo que nadie hubiera podido aventurar con tanta certeza era que la señorita Geraldine McEwan fuese capaz de generar la fuerza suficiente que la llevara aceptablemente a la inevitable victoria de la astucia femenina sobre el poder del hombre, típica de Strindberg. En modo alguno se vio su efecto disminuido o inutilizado por los ocasionales estallidos de risa nerviosa entre el público. Era evidente que quienes se rieron no lo hacían con ánimo de burlarse sino obedeciendo a la necesidad de liberarse de la extrema tensión emocional²⁰.

El desahogo de la tensión mencionado en esta reseña es mucho más específico y de naturaleza mucho más constatable que el vago y mal definido concepto de liberación de las tensiones a menudo utilizado como hipotética explicación de las actividades recreativas. La tensión mencionada aquí es la que el propio acontecimiento recreativo ha ido acumulando. La risa a que se refiere el autor de la reseña tiene la función de válvula de seguridad: impide que la tensión mimética llegue a ser demasiado fuerte. En el marco social habitual de un teatro, el público no puede dejarse llevar como lo hace un público pop en el Shea Stadium. Exteriormente, el primero es en general más comedido. Los movimientos que forman parte constitutiva del síndrome de excitación espontánea son sometidos a un control más estricto. La emoción se confina con más rigidez a lo que generalmente llamamos el nivel de los sentimientos. Existen, como es lógico, diferencias considerables entre los distintos grupos de edad y clases sociales por cuanto se refiere a la manera más o menos abierta en que manifiestan su tensión mediante los movimientos del cuerpo. Hay diferencias en el marco social de los distintos acontecimientos miméticos. Todo esto ofrece un amplio campo de acción para los investigadores de la sociología. Pero, por encima de los demás, este punto es evidente: que para explicar los problemas de esta índole no bastan las hipótesis sobre «liberación de la tensión» o «recuperación del trabajo», que tal vez fuesen más adecuadas si las personas pasaran su tiempo libre ocupadas en actividades características de la esfera 2), si sólo se limitaran a deambular por la casa sin hacer nada en concreto, a relajarse o a descansar.

²⁰ Reseña de W. A. Darlington sobre *La danza de la muerte* de Strindberg en el Old Vic, con Geraldine McEwan y sir Laurence Olivier, publicada en el *Daily Telegraph* el 23 de febrero de 1967.

X

La primera vez que tropezamos con este problema fue cuando estudiábamos el fútbol. En una etapa posterior habremos de considerar las diferencias entre las diversas clases de acontecimientos miméticos a las que atribuimos un lugar más alto o más bajo en el orden jerárquico que les hemos adjudicado. Pero para llegar a una fase de investigación en la que eso sea posible, es necesario en primer lugar determinar con mayor precisión las características que todos los acontecimientos miméticos tienen en común. Quizá pueda verse mejor el problema si a los ejemplos ya presentados añadimos otro más, éste relativo al campo del deporte. La gente puede hablar en términos diferentes de la emoción agradable que buscan en todos estos pasatiempos. Los jóvenes, después de asistir a un concierto de los Beatles, quizá digan que «estuvo de puta madre». Las personas de más edad y más formales a las que les ha gustado una obra teatral tal vez digan que «se sintieron muy conmovidas». Los hinchas de un equipo de fútbol pueden decir que el partido «fue una gozada». Sin embargo, pese a las diferencias que quedan por explorar, siempre están presentes un fuerte elemento de placentera emoción y, como ingrediente necesario del placer, una cierta dosis de angustia y miedo, ya se trate de la tensión-emoción derivada de la ida a las carreras, sobre todo cuando se siente un hormigueo en el estómago, o de la excitación mucho más calma pero también más profunda que puede obtenerse oyendo la Novena Sinfonía de Beethoven en el momento en que el coro, a los acordes de *An die Freude* de Schiller, culmina en un tremendo climax.

Hay grandes variaciones en el modo en que puede expresarse la tensión placentera, la agradable estimulación de las emociones proporcionada por las actividades recreativas, y, mientras no estudiemos con mayor detalle las relaciones entre la estructura de las actividades recreativas y la de la resonancia emocional que éstas encuentran en los actores y espectadores, será prematuro adelantar explicaciones, incluso tentativas, de los distintos tipos de goce que proporcionan.

A lo largo de nuestro estudio descubrimos que, pese a todas sus limitaciones, el fútbol se presta bastante bien, quizá mejor que muchos otros deportes, para clarificar por lo menos algunos de los problemas básicos con que topamos en el campo mimético. Aquí es posible estudiar muy de cerca la difícil correspondencia que existe entre la dinámica del acontecimiento mimético en sí y la dinámica psicológica de los espectadores.

Consideremos el siguiente resumen tomado de uno de nuestros estudios de caso:

Contra lo que se esperaba, el equipo local marcó el primer gol. La compacta multitud, constituida mayoritariamente por los seguidores de este equipo, estaba llena

de júbilo. Agitaban las banderas, hacían sonar sus matracas con excitación y cantaban fuerte y triunfalmente en apoyo de sus favoritos. El grupo mucho menor de seguidores que habían viajado con el equipo invitado, ruidosos y emocionados también al principio, cayeron como entontecidos en un silencio absoluto.

El equipo invitado, considerado el mejor en todo el país, no contraatacó inmediatamente. Sus jugadores se concentraron en poner coto al ataque del equipo local, desplazando hacia atrás a su delantero centro y, a veces, incluso a sus extremos, en papeles defensivos. Sus seguidores, unos cuantos primero, luego cada vez más, comenzaron a corear al unísono, «¡atacad!... ¡atacad!, ¡atacad!». Pero evidentemente los jugadores tenían su plan y estaban esperando el momento oportuno. El contra-coro de los seguidores del equipo local aceptó el reto y cantaba «somos los campeones», burlándose de sus rivales y acicateando a los suyos.

Durante un rato, el juego se desarrolló con indecisión por las dos partes. El tono era bajo. Conforme con esto, la tensión entre los espectadores disminuía también. La gente se encogía de hombros. Empezaban a impacientarse. Hablaban del partido de la semana anterior. De pronto, volvió la atención. El centro derecha del equipo invitado chutó el balón hasta el ala, y éste fue recogido con la velocidad del rayo por otro jugador de cuya presencia nadie se había percatado. Centró sin perder un momento antes de que el equipo local pudiese alcanzarlo. El delantero centro tenía un gol fácil ante sí. Sin dejarle al guardameta ninguna oportunidad, remató con fuerza y precisión dentro de la red. Pocos lo habían esperado. Gritos de gusto y de sorpresa salieron de los seguidores del equipo invitado, entremezclados con los gritos de rabia del otro lado. Hubo una breve batalla de palabras en los graderíos, amenizada con pitidos y ondear de banderas. Tres niños, emocionados, corrieron para felicitar a sus héroes y fueron sacados por la policía. Podía oírse a algunos de los seguidores mascullar maldiciones entre dientes. Otros, echándose las manos a la cabeza por la desesperación, maldecían en voz alta. ¡Empate a uno y sólo a veinte minutos del final!

Mirando las caras de los jugadores locales en el momento en que retomaban sus posiciones podía verse que estaban enojados y decididos a ganar. El juego se volvió rápido y feroz. El delantero centro del equipo invitado, atacando violentamente otra vez, fue derribado de una patada en la espinilla en el área de penalti justamente cuando parecía que iba a anotar otro tanto. Sonó el silbato del árbitro. Allí estaba el centro derecha, con la suerte del juego a sus pies. Se hizo el silencio sobre la multitud. Falló: el balón chocó contra un poste y fue desviado rápidamente por el equipo local. Hubo suspiros de alivio y gritos de burla entre sus seguidores. Luego siguió una larga pelotera ante la portería del equipo local: sus jugadores la rompieron y se llevaron el balón lejos en una inteligente combinación de pases y regateos. Ahora ellos tenían la iniciativa. Las cabezas y los cuerpos de los espectadores se movían adelante y atrás junto con la pelota. Rugían todos, y sus gritos se volvían cada vez más fuertes a medida que aumentaba la tensión del juego. El balón cambió de dueño, pasando con rapidez de un extremo al otro del campo. La tensión aumentó y llegó a hacerse casi insostenible. La gente perdió la noción de dónde estaba. La empujaban y empujaba atrás y adelante, arriba y abajo en las gradas. Hubo un forcejeo en el costado izquierdo de

la portería del equipo visitante, un rápido envío al centro, un cabezazo. De pronto, el balón estaba dentro de la red y la alegría, la dicha de los seguidores de la localidad, subió en un rugido ensordecedor que podía oírse en media ciudad, una señal para todos: «¡Hemos ganado!».

Quizá no sea fácil hallar un consenso claro respecto a las características de las obras teatrales o de las sinfonías que proporcionan al público un grado alto o bajo de satisfacción, aunque puede que las dificultades no sean insuperables ni siquiera en el caso de los conciertos, pese a la mayor complejidad de los problemas. En lo que se refiere a los juegos deportivos como el fútbol, la tarea es sencilla. Si se sigue el juego regularmente se puede aprender a ver, al menos en líneas generales, qué clase de figuración del juego es la que proporciona el máximo de gusto: la de una prolongada batalla sobre el campo de fútbol entre equipos bien compaginados en habilidad y en fuerza. Se trata de un juego que una gran multitud de espectadores sigue con creciente emoción, la cual es producida no sólo por la batalla misma sino también por la habilidad que despliegan los jugadores. Es un juego que se inclina sucesivamente hacia un bando u otro, en el cual los equipos están tan igualados entre sí que primero uno, luego el otro, marcan un gol cada uno y entonces la determinación en ambos de apuntarse el gol decisivo crece a medida que el tiempo se va agotando. La tensión del juego se comunica de manera visible a los espectadores. La de estos, su excitación creciente, se comunica a su vez a los jugadores, y así sucesivamente hasta que alcanza un punto difícil de soportar y de ser contenida sin que se desborde. Si, de esta manera, la emoción casi llega al climax y si luego el equipo favorito marca el gol decisivo, con lo cual la tensión se resuelve en la felicidad del triunfo y del regocijo, ése ha sido un gran juego que uno recordará y del que hablará durante mucho tiempo —un partido placentero.

Son numerosos los matices y grados de placer y de realización que los *cognoscenti* pueden buscar en tal actividad recreativa. No todos, naturalmente, proporcionan realización plena. Un juego muy emocionante puede echarse a perder por culpa del equipo de uno. En ese caso por regla general, la gente todavía llevará consigo a casa el gustillo de la emoción agradable, pero este placer no será en absoluto tan limpio y sin mezcla como en el primer caso. O puede ocurrir que un partido excelente termine en un empate. Aquí es cuando ya se comienza a entrar en una zona de controversia. El consenso —muy elevado en los casos referidos— tiende a disminuir hasta que uno llega al otro extremo de la balanza, donde de nuevo se encuentra un alto grado de consenso. En el fútbol, como en todos los demás acontecimientos miméticos, hay fracasos indudables. Para investigar las satisfacciones relacionadas con el ocio, no es menos re-

levante estudiar los hechos numéricos que proporcionan la máxima realización. Los juegos insatisfactorios son, por ejemplo, aquellos en los que un equipo es tan superior al otro que no se produce tensión; de antemano se sabe más o menos quién va a ganar. Casi no hay sorpresa en el ambiente y sin sorpresa no hay emoción. La gente no obtiene mucho placer de un juego así. Podríamos citar otros ejemplos, pero ya se han presentado los esenciales.

No sería difícil, entonces, representar en una escala gráfica los acontecimientos numéricos de una clase en particular. En uno de sus extremos podrían ubicarse los que proporcionan el óptimo placer; en el otro, los que, con un elevado índice de consenso, se consideran un fiasco. La mayoría quedaría evidentemente entre los dos extremos, pero si analizamos éstos, podremos obtener una buena cantidad de información. Ese análisis podría servir, y nos ha servido de hecho en cierta medida, como estudio piloto para la preparación de estudios de mayor alcance. Investigar la estructura de los acontecimientos que proporcionan el máximo y el mínimo de satisfacción contribuyó por sí solo a entender mucho más la correspondencia entre la dinámica social de un determinado tipo de acontecimiento recreativo como el fútbol y la dinámica personal que conduce a un disfrute mayor o menor de los participantes considerados individualmente. Aunque, por regla general, clasificamos los últimos como psicológicos y los primeros como sociológicos, ambos son de hecho totalmente inseparables dado que el placer mayor o menor de quienes participan en un acontecimiento recreativo, sea como actores o como espectadores, es la *raison d'être* de tales acontecimientos. La investigación nos facilita el criterio conforme al cual se regula la estructura concreta de los acontecimientos recreativos, para distinguir los que logran su objetivo de los que terminan en fracaso. Una vez más, resulta fácil imaginar el desarrollo de los acontecimientos recreativos que, por su parte, ofrecen y educan a su público para una mayor percepción y enriquecimiento. Así pues, las divisiones académicas no tienen por qué impedir el reconocimiento de la estrecha relación que existe entre lo que, de otra manera, se consideraría separado bajo la forma de problemas fisiológicos, psicológicos y sociológicos.

No sería demasiado difícil diseñar para el fútbol y otros deportes unos modelos de investigación que permitieran abordar el mismo problema desde el nivel individual y social al tiempo, siempre que uno esté dispuesto a utilizar un marco teórico unificado. En esa dirección apunta lo expuesto hasta aquí. Por ejemplo, evaluando los cambios producidos en el ritmo del pulso, los latidos cardíacos y la respiración de los espectadores, sería posible, al menos en el nivel fisiológico, determinar los aspectos más elementales del ascenso y descenso que experimentan las ondas de emoción en ellos. Igualmente posible, sobre todo si

podieran tomarse películas, sería determinar las ondas ascendentes y descendentes experimentadas entre tensión y equilibrio durante un juego. Podríamos tratar de descubrir si los aspectos fisiológicos del placer y de la emoción en los espectadores difieren, y de qué manera, dependiendo de que éstos se hallen en un juego clasificado en el extremo óptimo de la escala o en el extremo contrario. Tampoco sería difícil diseñar investigaciones de estudio con el fin de comprender mejor estas correspondencias entre la dinámica social de los juegos y la dinámica individual y de grupo de los espectadores.

Estos ejemplos señalan uno de los modos en que las investigaciones empíricas dentro del campo relativamente controlable del deporte podrían servir como modelos para investigar otras actividades recreativas miméticas, desde una carrera de galgos hasta la tragedia, desde un juego de niños hasta la poesía. En general, aún nos encontramos en una etapa en que las ideas sobre lo que la gente *debe* hacer con su tiempo de ocio suelen anteponerse a los estudios sobre lo que de hecho hace. De aquí que aquéllas no siempre estén fundamentadas en un conocimiento sólido de la naturaleza y estructura de las actividades recreativas existentes tal como en realidad son.

XI

Tampoco puede decirse que tengamos ya un conocimiento razonablemente adecuado de las necesidades que satisfacen. Hemos intentado mostrar lo que en nuestra opinión constituye el problema central respecto a estas necesidades y hemos presentado una propuesta preliminar mostrando la dirección en la que se podría mirar para dar con una respuesta. Aun cuando ésta resulte insuficiente, parece útil como medio para ubicar el problema en una perspectiva más clara. Hemos resumido ejemplos de acontecimientos miméticos de diversos tipos y señalado cómo característica común no la liberación de la tensión sino, por el contrario la producción de un determinado tipo de tensiones, el aumento de una tensión-emoción agradable, como el componente básico del placer recreativo. La recurrente necesidad de estimular emociones fuertes y placenteras, que se agudiza y, si es satisfecha, disminuye sólo para agudizarse de nuevo después, se hace sentir tanto en nuestra sociedad como en muchas otras. Independientemente de la relación que pueda existir entre esta necesidad y otras necesidades más elementales como las de comer, beber y tener contactos sexuales —todos los indicios señalan que en este caso se trata de un fenómeno mucho más complejo, mucho menos biológico en sentido estricto—, es fácil descubrir que la fal-

ta de atención a esta necesidad constituye una de las principales lagunas en los actuales enfoques a los problemas de la salud mental.

El problema se oscurece en cierto modo por las connotaciones negativas con que se utiliza el concepto de tensión tanto en el discurso sociológico como en el psicológico. Ya hemos señalado que un encuentro de fútbol constituye en sí mismo una forma de dinámica de grupo con una tensión interna propia²¹. Si esta tensión, si el «tono» del juego baja demasiado, su valor como acontecimiento recreativo disminuye. Será un juego monótono y aburrido. Si la tensión crece demasiado, proporcionará mucha emoción a los espectadores pero también entrañará graves riesgos tanto para éstos como para los jugadores, al pasar de la esfera mimética a la esfera no numérica de las crisis graves. Ya en este contexto, deben desecharse las implicaciones negativas que tiene el concepto de tensión en el sentido convencional y sustituirlo por otro concepto que tome en cuenta como normal una tensión óptima que, a su vez, en una dinámica figuracional, podrá aumentar demasiado o disminuir demasiado también.

Este concepto más dinámico de tensión no sólo se aplica al juego del fútbol como tal sino a los participantes. También las personas, individualmente, viven con una tensión interna que puede ser más alta o más baja de lo normal, pero sólo estarán sin tensión cuando hayan muerto. En sociedades como la nuestra, que exigen una disciplina y un recato emocional absolutos, el campo permitido para la expresión abierta de los sentimientos agradables fuertes está rigurosamente circunscrito. Para muchas personas, no sólo en su vida profesional o laboral sino también en su vida privada, todos los días son iguales. A muchas de ellas nunca les sucede nada nuevo ni estimulante. Consiguientemente su tensión, su tono, su vitalidad o como quiera que lo llamemos, disminuye. De forma simple o compleja, en un nivel bajo o alto, las actividades recreativas facilitan durante un rato ese estallido de las emociones agradables fuertes que con frecuencia falta en las rutinas de la vida diaria. A diferencia de lo que a menudo se cree, su función no consiste simplemente en liberar esa dosis de tensión que es un factor esencial de la salud mental. La base de su efecto catártico reside en la restauración del «tono» mental normal mediante un brote transitorio de emoción agradable.

No entenderemos plenamente el efecto de ese brote si no nos percatamos del enorme riesgo en que incurren quienes se permiten una tensión emocional así. Es la antítesis del autocontrol, de la conducta racional o razonable. Los responsables de la ley y del orden, como se descubre al estudiar el desarrollo del

²¹ Véase el capítulo VI de este volumen.

fútbol, han combatido incansable y amargamente contra el estallido de la emoción de los individuos y, sobre todo, de los grupos, pues supone una grave alteración del orden social. Los acontecimientos miméticos representan entonces un reducto social en el que se puede disfrutar dando salida a la emoción sin sus peligrosas implicaciones sociales y personales. Que, como a menudo sucede, se disfrute en compañía de otros, acrecienta el placer. Significa que, en esta forma y dentro de ciertos límites, lo que de otra manera sería una peligrosa explosión de fuertes emociones puede disfrutarse con la aprobación de nuestros semejantes. La singular ambigüedad que envuelve a la emoción recreativa puede verse claramente en nuestra época, cuando la gente se está abriendo a nuevos horizontes de emoción que aún se encuentran en etapa experimental. Si no se capta bien la función de la emoción mimética en las actividades recreativas, difícil será evaluar en los hechos las implicaciones personales y sociales de éstas.